

LABORISMO
EL PARTIDO DE LOS
TRABAJADORES

SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ

LABORISMO
EL PARTIDO DE LOS
TRABAJADORES

Senén González, Santiago
Laborismo. El partido de los trabajadores. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2014. 320 p.; 22x15 cm.
ISBN 978-987-614-438-4

1. Historia Política Argentina. 2. Laborismo. I. Título
CDD 320.9

Diseño de tapa: Ariana Jenik
Diagramación: Sebastián Sánchez
Coordinación: Inés Barba
Producción: Norberto Natale

Foto de tapa:
© Gentileza de Marcelo Gálvez-Familia Cirpiano Reyes.

© Santiago Senén González, 2014
© Capital Intelectual, 2014

1ª edición: 1500 ejemplares • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.
Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329
www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Mi agradecimiento a:

Juan Carlos Torre, Fabián Bosoer, Dario Dawyd, Claudio Panella, Andrew Graham-Yooll, Víctor García Costa, Silvia Novick, Ariel Kocik, Andrés Casak, Luis Pedro Toni, Jackelin Porfiri, Marcelo Gálvez, familia de Cipriano Reyes.

Introducción

La llama laborista

Fue el partido político de más corta duración y más profundo y amplio alcance en la historia argentina. De allí surgió el peronismo, en 1945; pero en su propio hijo pródigo quedó subsumido hasta extinguirse prontamente, pese a la resistencia de algunos de sus más prominentes progenitores.

Aquellos primeros dirigentes que vislumbraron el surgimiento de un nuevo movimiento político de masas de base obrera lo imaginaron de distintas formas, influidos por los vientos que soplaban en el mundo antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Así nació el Partido Laborista, como un nuevo actor en el firmamento de la política nacional, representando a las mayorías populares. La promesa se convirtió prontamente en realidad, una máquina electoral imparable que posibilitó la victoria de Juan Domingo Perón, en febrero de 1946.

Algunos lo pensaron como una versión argentina del laborismo inglés o brasileño, un partido de base sindical capaz de atraer a los sectores medios, pero principalmente representativo de los trabajadores asalariados. Se darían fuertes debates, desde el inicio. En esa discusión, los laboristas argentinos pretendieron que los gremios como tales (y ya no solo los trabajadores) fueran considerados como parte de la estructura organizativa.

La iniciativa no prosperó por la resistencia de las otras corrientes que tributaban a esa nueva coalición social y política; pero sobre todo, por la decisión del propio Perón, que no dejaría que aquel partido obrerista ganara vuelo propio. De allí que, al final, se optara por separar las huestes peronistas en “ramas”: política, femenina y sindical.

Como tantos otros precursores, los dirigentes laboristas no fueron comprendidos en su momento y ellos mismos vieron que la historia que habían protagonizado se les iba de las manos y tomaba otros rumbos. Y aquel flamante partido de los trabajadores, que de la nada se convirtió en la expresión política mayoritaria del país, terminó disuelto por orden de su líder máximo. Al poco tiempo, el laborismo pasó de la gloria a las penumbras: muchos de sus dirigentes fueron marginados y sufrirían persecución, por no aceptar el verticalismo impuesto al movimiento cuando todas sus corrientes fueron integradas al Partido Peronista.

Sin embargo, el laborismo mantendría su presencia de distintos modos durante los dos gobiernos de Perón: se expresó a través de los diputados que ingresaron por

esas listas, a través de su diario, *El Laborista*, y a través de las expresiones críticas de la disidencia frente al régimen. Pese a que se intentó recrearlo luego del derrocamiento de Perón, su itinerario se desdibujó hasta perderse en el tejido de la política nacional de los años sesenta.

A lo largo de nuestra historia, cada vez que el peronismo se enfrentó con una encrucijada –con Perón en el poder o en el exilio y después de su muerte– esta marca de origen volvió a aparecer: ¿qué hay detrás y debajo del liderazgo político de este movimiento de base popular y conducción personalista? Este libro cuenta la historia de aquel laborismo, de los hombres y mujeres que participaron de esa experiencia política tan intensa; una historia que precede, coexiste y trasciende al peronismo pero está indisolublemente vinculada a su existencia y permanencia. Un peronismo que pudo haber tomado otros caminos, impulsado por las distintas corrientes políticas y sociales que confluyeron en ese nuevo movimiento.

Se cuenta la conformación de ese partido de efímera existencia, sus antecedentes en las organizaciones gremiales, sus reuniones constitutivas, sus asambleas y debates, el interés de la central sindical británica (la TUC) por la experiencia en la Argentina, sus figuras en el Congreso, diputados que tuvieron actuación y vuelo propio en el bloque oficialista a partir del '46 y hasta 1949, momento en que quedarán definitivamente encuadrados en el partido peronista como “tercera rama” del movimiento.

Entre ellos se destacará Cipriano Reyes, su figura más conocida y popular, el dirigente obrero que tuvo un rol

protagónico en las jornadas del 17 de octubre, (“Yo hice el 17”, escribirá años más tarde), que se atrevió a enfrentar a Perón y pasó siete años preso; que empezará como saltimbanqui de circo, cuando niño, hasta transformarse en aguerrido líder sindical y figura política que no dejará de plantear batalla a la hora de defender lo que creía era su credo laico: la defensa de los “descamisados”.

Se relatará su enfrentamiento con el dirigente histórico del Partido Comunista José Peter y su actuación en las movilizaciones obreras del ‘45, su papel como diputado nacional y como director del diario *El Laborista*, discrepando con el curso que tomaba el gobierno peronista. El inspirador indirecto de la Marcha “los Muchachos Peronistas” será acusado de armar un complot desestabilizador para asesinar a Perón, junto con sectores de la Iglesia y el imperialismo, y así su cuerpo fue a dar a la cárcel, donde sufrió torturas que le provocarán daños físicos irreparables, los que, sin embargo, no lograron quebrar su voluntad y convicción.

Preso durante siete años, será liberado en 1955 y volverá a la dirección del diario. Su sueño, refundar el Partido Laborista y para ello estableció una línea política de crítica al golpe militar, a la prohibición del peronismo y la derogación de la Constitución de 1949. Contaremos qué pasó con esos bríos y qué quedó de ellos, entrados los años sesenta.

Se encontrará también a Luis Gay, uno de los fundadores del sindicato de los trabajadores telefónicos en 1928. Referente del llamado “sindicalismo revoluciona-

rio” desde la Unión Sindical Argentina años más tarde, cuando apoyó en 1943 la alianza sindical con el coronel Juan Perón para impulsar una política nacionalista-laborista; presente en las movilizaciones obreras el 17 de octubre de 1945. Fue el dirigente, acaso más esclarecido, que lideró la creación del Partido Laborista; entronizado, y luego defenestrado de la conducción de la CGT por desafiar las directivas de Perón.

Gay y Reyes fueron dirigentes singulares, acaso en la estirpe de políticos como Leandro Alem o Lisandro de la Torre, que prefiguraron y supieron liderar, desde el fermento de las luchas populares el surgimiento de nuevos movimientos políticos. Los dos dejaron, además, testimonios escritos de su trayectoria que fueron verdaderos alegatos históricos frente a lo que consideraban una traición a los principios originarios del laborismo. Desde dentro de su núcleo fundacional, uno prefirió hacer *mutis por el foro* y el otro fue un implacable crítico del peronismo en el poder.

Después del derrocamiento de Perón en 1955 y sin la ambición que tuvieron los fundadores del laborismo, los sindicatos ganaron un gran protagonismo en la vida política del país. Ese lugar lo ocuparon con naturalidad en gran parte debido al estado de proscripción o semilegalidad del partido peronista entre 1955 y 1973, esto es, se convirtieron en “la columna vertebral del peronismo”. A partir de esa condición lograron ser interlocutores de los factores de poder y, como ocurrió con la tentativa del metalúrgico Augusto Vandor en los años 60, también se

ilusionaron, apoyados sobre sus bases y aprovechando el exilio forzado de Perón, con el proyecto, al final fracasado, de “un peronismo sin Perón”.

Con la recuperación de la democracia en 1983, la presencia sindical como actor independiente del partido volverá a ganar relieve. Pero ahora con un poder declinante. La vuelta al juego político hizo que se recortara la condición de “columna vertebral” que habían desempeñado los gremios porque los hombres políticos del peronismo consiguieron, gracias a sus victorias electorales, acceder a posiciones de gobierno y reunir fondos públicos: ello les permitirá prescindir del apoyo financiero que le habían brindado los jefes sindicales en épocas más aciagas y por lo tanto ganar más independencia. En este nuevo escenario la relación entre los sindicalistas y los políticos del peronismo se volvió más equilibrada y dio lugar tanto a acuerdos como a frecuentes tensiones.

El peronismo del siglo XXI, signado por el fenómeno del kirchnerismo y por los cambios en la sociedad argentina, reactualiza de distintos modos la cuestión de la representación de los sectores populares: ¿Hay posibilidades de un partido “de los trabajadores”, de base obrera en la Argentina? ¿Hay espacio para el surgimiento de un liderazgo político de origen sindical en condiciones de proyectarse a nivel nacional y competir por la presidencia?

Aquí se propone descorrer el velo de aquella historia de luchas, conflictos, conquistas y derrotas que no hicieron bajar la guardia, rescatar las rutas biográficas de aquellos dirigentes laboristas que se perdieron en el

olvido y brindar aportes interpretativos que contribuyan a responder aquellos interrogantes. Se recurre para ello a la abundante bibliografía sobre la historia del movimiento obrero y sus protagonistas, entrevistas inéditas con algunos de ellos, testimonios escritos, documentos gráficos y archivos de la época que siguen echando luz sobre la actualidad.

En 1969, junto a Juan Carlos Torre, escribimos *Ejército y sindicatos*, y desde ese momento me unió a él amistad y respeto. Seguí su trayectoria no solo en cuanto a sus investigaciones en el Instituto Di Tella, sino en su carácter de profesor emérito de esa Universidad, y aprecié sus libros sobre los orígenes del peronismo, entre ellos los referentes al laborismo. Este trabajo está inspirado en esa impronta y es, si me permiten, en su homenaje.

La obra contó con la colaboración indispensable y eficiente de mi amigo Fabián Bosoer, con quien escribí seis libros en los últimos años, amén de numerosos artículos sobre la historia del movimiento obrero.

Este libro, además de estas dos necesarias presencias, tuvo la importante ayuda de otros destacados historiadores y colegas. Destaco entre ellas la del doctor Darío Dawyd quien se ocupó de seleccionar y ordenar casi todos los textos referentes a los principales dirigentes laboristas. Otros aportes relevantes fueron los de Andrew Graham-Yooll, Víctor García Costa y Ariel Kocik. La oportunidad sirvió también para rescatar una valiosa entrevista realizada a Cipriano Reyes por el colega Andrés Casak, en 1995.

A modo de explicación señalo que esta publicación colma una de mis aspiraciones para tratar de desentrañar en algo el peronismo, ese complejo movimiento político que actúa como una ameba y se transforma según las circunstancias en derecha, izquierda o centro, pero que sigue vigente en la vida política del país, según pasan los años.

Capítulo 1

Allá lejos y hace tiempo...

Esta historia podría comenzar en una vieja casona del barrio de Retiro, a pocas cuadras de la estación central ferroviaria, en los agitados días de octubre de 1945 en la Ciudad de Buenos Aires, cuando los ecos de la pueblada que había conmovido al país una semana antes, con epicentro en la Plaza de Mayo, aún resonaban. Un nutrido grupo de dirigentes obreros que había tenido un activo protagonismo en esas jornadas, se dieron cita allí para dar el paso más trascendente: constituir un nuevo partido que recogiera aquella antorcha que se había encendido en medio de la efervescencia general y la incertidumbre por el futuro inmediato.

Fue, más precisamente en la cortada Seaver N°1634, situada a la altura del 1700 de la Avenida Leandro N. Alem, en un característico rincón –ya desaparecido– de la zona más elegante de la Ciudad. Allí tenían instalado

su estudio-atelier los artistas plásticos Gonzalo Leguizamón Pondal y Horacio Rabuffetti, que cedieron su lugar de trabajo para lo que sería la asamblea fundacional. El marco era más que sugestivo: un ambiente bohemio, con algunos caballetes, bustos e imágenes semi-terminadas o cubiertas con trozos de lienzo blanco, puestos a un costado del taller para dar cabida a esa inusual concurrencia. Ese fue el lugar elegido por aquel puñado de luchadores sindicales, representantes de los más importantes gremios procedentes de todo el país, alentados por la idea de condensar tantos anhelos y esperanzas en una nueva organización política.

La idea venía germinando desde años antes. Entre 1943 y 1945, la organización sindical en las bases, y el poder obtenido en las fábricas por los trabajadores habían ganado proporciones desconocidas en la historia del movimiento obrero argentino. Perón, que desde la Secretaría de Trabajo y Previsión había sido un activo promotor de la agremiación de los trabajadores en sindicatos reconocidos a su amparo, encontró en dichas organizaciones la plataforma para su lanzamiento político.

EL SINDICALISMO ARGENTINO ANTES DEL 17 DE OCTUBRE

El movimiento sindical, marcado por las luchas obreras de los años veinte y treinta, entraba a la década del cuarenta dividido en tres grandes orientaciones ideológicas –socialistas, comunistas y ‘sindicalistas’– y agrupamientos representativos que venían sufriendo sucesivas fracturas. La CGT, constituida el 27 de setiembre de 1930, tres semanas

después del derrocamiento de Yrigoyen, se había fracturado en 1935 en “independentistas” (con sede en la calle Independencia 2880, local de la Unión Ferroviaria) y “catamarqueños” (instalados en Catamarca 577, sede de los trabajadores telefónicos). Estos últimos, que seguían una línea “sindicalista”, recrean la Unión Sindical Argentina (USA) con la presencia de gremios autónomos sin encuadramiento y la idea –precursora en cierto modo– de estructurar la clase obrera en sindicatos por industria rompiendo con la vieja tradición del agrupamiento por oficios.

En marzo de 1943, la CGT sufre una nueva fractura y queda la antigua conducción de José Domenech en la N° 1, con posiciones ‘neo-sindicalistas’ (más distantes de todo compromiso partidario o ideológico), mientras la lista adversaria, con Francisco Pérez Leirós a la cabeza y mayor influencia de socialistas y comunistas, proclama la CGT N° 2.

Las organizaciones gremiales más importantes eran, por entonces, la Unión Ferroviaria, sostén junto con los tranviarios, textiles, cerveceros y del calzado, de la CGT 1; metalúrgicos, de la construcción, mercantiles, gráficos, estatales y madereros, alineados en la CGT 2. La Fraternidad se mantuvo equidistante; los marítimos, telefónicos y del tabaco quedaron junto a la disminuida USA y otros sindicatos, como los gastronómicos, los plomeros, de choferes y de obreros del puerto defendieron un sindicalismo de resistencia, posición que enarbolaban los remanentes del viejo anarquismo, agrupados en la FORA del V° Congreso.

La Argentina había cambiado cuantitativa y cualitativamente en esos años. Con 14 millones de habitantes, el país había sufrido una acelerada transformación en su estructura demográfica, económica y social; dejaba atrás el paisaje agro-pastoril y la tranquilidad de la ciudad puerto y se introducía en una etapa de industrialización y expansión urbana.

Entre 1943 y 1947, llegaron a Buenos Aires 117 mil provincianos por año. Si en 1936 el porcentaje de gente del interior alcanzaba el 16 % de la población total de Buenos Aires, en 1947 esa cifra aumentaba hasta el 37%. La vieja gran aldea, la metrópoli europea del Cono Sur, se convertía en una gran urbe rodeada por un cinturón industrial que se extendía y atraía un ya masivo proletariado fabril. La cantidad de establecimientos industriales aumentó de 38 mil en 1935 a 86 mil diez años después, mientras el número de trabajadores en el sector pasaba de 435 mil a un millón.

Las agrupaciones gremiales –anarquistas, socialistas, comunistas y sindicalistas– dejaban de contener el crecimiento de este nuevo proletariado urbano: tan sólo un 20 % de la fuerza laboral estaba sindicalizada en 1943. La economía industrial se había expandido, pero la clase trabajadora no había resultado beneficiada por esta transformación. Por el contrario, la restauración conservadora había retrotraído la relación entre obreros y patrones a los tiempos previos a los gobiernos radicales de 1916 a 1930.

En este cuadro aparecen dos nuevos elementos que definen la actuación de los dirigentes obreros. Por un

lado, un corte generacional como producto de este aluvión migratorio y el surgimiento de una nueva camada de gremialistas que producen un corte respecto de la generación anterior. Por el otro, el dualismo que caracterizaba la división entre “sindicalistas” y comunistas-socialistas –que se definía según privilegiaran el compromiso ideológico-partidario o la prescindencia del movimiento gremial respecto de partidos o gobiernos– empieza a verse superado por un “laborismo” con vocación de incidir, con posturas propias, en la vida política nacional¹.

LA SECRETARÍA DE TRABAJO Y PREVISIÓN, UNA CALDERA DE EXPERIMENTACIÓN

Corría el invierno de 1943 y se había producido el golpe de Estado proclamado como una revolución cívico-militar de corte nacionalista y autoritario, orquestada por el llamado Grupo de Oficiales Unidos (GOU), para terminar con “el fraude, el peculado y la corrupción...” que veían encaramados en el gobierno conservador de Ramón Castillo. Mientras el gobierno militar recién instalado reprime a los dirigentes gremiales de izquierda e interviene a los gremios combativos, en una pequeña imprenta de la cortada Tres Sargentos, entre San Martín y Reconquista, el coronel Juan Domingo Perón comienza a escuchar de boca de los líderes sindicales de la época sus problemas y sus largas luchas.

1 Senén González, S. y Bosoer, F. (2012), *La lucha continúa...*, p. 89.

Quien era entonces jefe de la secretaría del ministerio de Guerra y una de las principales figuras del GOU reemplaza, en octubre de ese año al coronel Carlos Gianni en el Departamento Nacional de Trabajo. Se trataba de una dependencia del Ministerio del Interior creada en 1907 como organismo administrativo de estudio y verificación de las condiciones laborales y asesoramiento legal. Este departamento tenía a su cargo, además, la organización del registro de colocaciones para obreros y la formación de los consejos de trabajo para resolver conflictos.

Perón llega como interventor y deroga el Estatuto de las Organizaciones Sindicales que se había promulgado a poco del golpe del 4 de junio. Al mismo tiempo logra la jerarquización del Departamento al que el decreto 15074 del 27 de noviembre de 1943, convierte en Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde allí, en el edificio que ocupaba el Concejo Deliberante, se fraguará una nueva matriz, la alianza entre militares y gremialistas. El coronel Perón, secundado por el teniente coronel Domingo Mercante y un reducido grupo de colaboradores desarrolla desde aquellas oficinas una estrategia de cooptación de la dirigencia sindical detrás de la cual se esboza una lectura singular de la situación nacional y un ambicioso proyecto de poder. Sus principales asesores técnicos son Juan Atilio Bramuglia, abogado de la Unión Ferroviaria conocedor de las internas gremiales, y José María Figuerola, antiguo asesor de la dictadura de Primo de Rivera en España, estadígrafo y especialista en derecho corporativo.

A partir de julio de 1944, Perón agrega ,además, a su cargo la Vicepresidencia de la Nación y el Ministerio de Guerra, dibujando el triángulo de este proyecto: Ejército y Sindicatos como base de apoyo de un liderazgo gubernamental y social fuerte en el vértice.

Se acelera entonces el trasvasamiento de cuadros sindicales, mientras otros son perseguidos o definen su oposición. Un núcleo importante de gremialistas integra comisiones oficiales que empiezan a actuar en la Secretaría de Trabajo y , entre julio y noviembre de 1944, se elaboran los decretos que ponen en marcha una nueva política social.

Durante esos 700 días de 1943 y 1944, Perón designa a su lugarteniente, el ascendido coronel Mercante, como interventor en La Fraternidad y la Unión Ferroviaria, genera un clima favorable para el acercamiento con las organizaciones obreras, no sin antes “depurarlas” de la presencia comunista, forma comisiones asesoras, crea los Tribunales de Trabajo, promulga una ley de jubilaciones y estatutos para el peón de campo y el periodista profesional, entre otras medidas. Lo principal era la herramienta que fabricaba para regular la vida de los gremios, instrumento que se termina de diseñar en el Decreto 23.852, de octubre de 1945, conocido luego como Ley de Asociaciones Profesionales.

“UNA NUEVA CONCIENCIA EN MARCHA”

La semana que desembocó en el 17 de octubre de 1945 resumía los elementos que condujeron a un nuevo modelo

de relaciones entre obreros y patrones, y entre el Estado y las organizaciones sociales. Allí se visualizaban los clavajes de una transición que se operaba en la conformación de la sociedad argentina y en el armado y evolución de sus instituciones políticas. La destitución y detención del coronel Perón era la prueba de fuego de una pulseada entre el reclamo civilista frente a una dictadura militar en retirada y la cosecha de lo realizado, dentro de ese período desde la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Los dirigentes sindicales que comandaban la CGT -en sesión junto a los de otros núcleos como autónomos e independientes- habían convocado a una huelga general para el 18 de octubre, pero la movilización del 17 que precipitó su liberación y el regreso triunfal superaba todas las previsiones e inclinaban la balanza de este lado².

Después del 17 de octubre, los principales líderes de los sindicatos que venían actuando cerca de los hombres del gobierno desde 1943 aceleraron las consultas y reuniones para formalizar el gran paso. Esos sindicatos, entre los que se destacaba el Sindicato Autónomo de la Carne de Berisso y Ensenada, fueron apoyados por el coronel Perón en detrimento de aquellos con conducción comunista o socialista; como era, en el caso referido, la Federación Obrera de la Industria de la Carne (F.O.I.C.), dirigida en ese entonces por el comunista José Peter.

2 Senén González S. y Lerman, G. (2005), *El 17 de octubre, antes, durante y después*. Sobre el 17 de octubre de 1945, ver también Senén González, S. y Bosser, F., (1995), "Los gremialistas y el 17 de octubre". *Revista Todo es Historia*, N° 339; y Luna F., *El '45*. Op. cit.

De hecho, el primer convenio firmado por Perón como flamante secretario de Trabajo y Previsión, lo suscribió Cipriano Reyes en representación del nuevo sindicato, socavando así la influencia del otro, que gozaba de ámbito de representatividad nacional. La idea era garantizar políticamente las conquistas sociales logradas hasta ese momento y ampliarlas a nuevos logros que satisficieran viejas aspiraciones de los trabajadores. La mayoría de esas organizaciones sindicales, salvo las que tenían reservas respecto a la acción y finalidades de la Secretaría de Trabajo a cargo de Perón, acordaron la convocatoria a una asamblea constitutiva del nuevo partido, a la que fueron invitados los militantes de todos los sectores del movimiento obrero; es decir, de la CGT, la USA y los sindicatos autónomos.

El 23 de octubre al atardecer fue la fecha y a la hora señalada, en un ambiente expectante y entusiasta se hizo una exposición de los motivos de la reunión, y tras el unánime asentimiento de los más de 150 asistentes, se procedió a designar una Mesa Directiva Provisional. La encabezaban Luis Gay, un dirigente con vasta trayectoria gremial, y Cipriano Reyes, de los trabajadores de la carne.

Gay tenía actuación destacada como dirigente sindical desde las décadas del treinta y del cuarenta. Ya se había destacado a fines de la década del veinte como fundador y Secretario General de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos (FOET), uno de los primeros sindicatos nacionales por rama del país, que no se encuadró en las centrales sindicales existentes en el momento,

integrando el grupo de los denominados autónomos. En 1931, la FOET se integró a la Confederación General del Trabajo (CGT), creada el año anterior, siendo designado como uno de los miembros de su organismo de dirección, el Comité Sindical Nacional.

Al dividirse la CGT, en 1935, entre CGT-Independencia y CGT-Catamarca, formó parte del grupo sindicalista revolucionario, la CGT-Catamarca, que en 1937 se reorganizó redundando la Unión Sindical Argentina (USA), integrando su Comité Central, y constituyéndose en su principal referente.

Reyes, había aparecido en las “ligas mayores” por su destacada actuación en la movilización del 17, como referente de los sindicatos autónomos. Los acompañaban, entre otros, dos ferroviarios: Luis Monzalvo y Ramón Washington Tejada; Ernesto Cleve y Modesto Orozco, de telefónicos; Raúl Pedrera, del gremio del vidrio; Manuel García, de espectáculos; Vicente Garófalo, de los trabajadores del vidrio, Pascual Salvatore y Leandro Reynés, de periodistas. Este último venía de una fecunda actuación como dirigente del gremio de prensa y con Octavio Palazzolo y Santiago Senén González (padre) fueron quienes en 1938 pergeñaron, durante un Congreso realizado en Córdoba, el primer Estatuto del Periodista Profesional. Un año más tarde ellos echaron las bases de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires.

Acto seguido, vino la discusión por el nombre que le darían al nuevo partido. Se lanzaron algunos nombres: “Único de la Revolución”, “4 de junio”, “De la Liberación

Nacional"...Pero no había mayores disensos: se trató más bien de una prolongada y emocionante demostración de elocuencia retórica, explicando los porqués de ese portaestandarte que estaban a punto de levantar como nave insignia.

También se formó una comisión organizadora, integrada por un militante de cada organización sindical, y así se integró el plenario, que después sería considerado en la Carta Orgánica como una instancia representativa del partido. Luego, emitieron un documento titulado "Por la emancipación de la clase laboriosa". El Partido Laborista quedaba, así, oficialmente constituido, en aquella vieja casona, sin presencias multitudinarias ni líderes arriba de una tribuna. Luis Gay fue elegido presidente del partido, mientras que Cipriano Reyes lo fue de la seccional de la Provincia de Buenos Aires, su principal bastión. El nuevo partido sería concebido, al mismo tiempo como un canal abierto a la proyección política de ese nuevo sindicalismo y como la herramienta electoral para el ascenso al poder de un nuevo líder por el voto popular.

La Comisión Organizadora contaba con cincuenta y dos miembros, incluidos los seis de la Mesa Directiva Provisional. La integraban el ferroviario Monzalvo; Argaña, de los empleados de comercio; Reyes, de los frigoríficos; el cervecero Montiel; el telefónico Gay; Robles, por los trabajadores del caucho; Ernesto Cleve, del gremio telefónico y por el Comité Intersindical de La Plata; el aceitero Imbacciatore; Zalovich, por los taximetristas; Angel Yampolski, secretario del sindicato del Frigorífico

La Negra; Pedro Otero, por los empleados municipales. Otros nombres seguían en la lista: Ponce, de la CAP; R. Pérez, ladrilleros; Tejada, de la Federación Obrera de San Juan; Antonio Andreotti, por los metalúrgicos; el tucumano Viski, de Comercio; De la Torre, por los papeleros; el vidriero Garófalo; Fernández, textil; Achizi, portuario; Valdez, de los trabajadores azucareros de la FOTIA Tucumán; García, espectáculos públicos; Cerrutti, universitario; Fernández, cerámica; Bregante, por los empleados de comercio de San Juan; Álvarez, de Córdoba; E. Pérez, de Villa María, Córdoba; Manzueli, periodista; Copes, Frigorífico Rosario; Noda, de La Banda; Tedesco, textil; Paladino, calzado; Tronconi, chacinador; Conde, panadero; Camacho, molinero; Sánchez, transporte Mendoza; Larrosa, casas de renta; Fariña, UPA; Reynes, periodista; Valerio Rougier, de los frigoríficos de Zárate; Mosquera, telegrafista; Farré, de Santa Fe; Carballido, tranviario; Seijo, maderero; Pascual Salvatore, periodista, escritor, dramaturgo y profesor de historia...

También en esa Asamblea, se designaron comisiones para distintos fines; como la redacción de la Declaración de Principios (tarea asignada a Argaña, Garófalo, Yampolski, Montiel y Sánchez), “Carta Orgánica” (para Reynés, Tejada, Monzalvo, García y Rabufetti) y “Programa del partido”, en manos de Gay y Reyes, acompañados por Seijo, Carballido y Farré. Tres días después se realizó otra asamblea, integrada por más de doscientos militantes sindicales, para aprobar la Declaración de principios y debatir el Programa partidario, cuyos borradores surgie-

ron del Plan de Acción que había presentado Gay. El Programa del Partido Laborista, que puede consultarse en el Anexo, contenía propuestas en las áreas de Política, Economía, Legislación obrera, Finanzas, Cultura y Asistencia social. Asimismo, se facultó a la flamante Mesa Directiva provisional para integrar de la manera más representativa posible las comisiones del nuevo partido, las que quedaron conformadas de este modo:

Interior: Secretario, Alcides E. Montiel; colaboradores, César J. Tronconi, Pedro Contardo, Marcos Mazzoni, Rafael Ginocchio, Joaquín Coca, Francisco Pardo y Emilio Larken. Asuntos Gremiales: Secretario, Dorindo Carballido; colaboradores, Víctor Ortiz, Manuel Fontan, J. Mouro, Rafael Pérez, A. Fernandez, G. Schessi y Enrique A. Haurat. Organización: Secretario, Pedro R. Otero; colaboradores, Aldo Ferreiro, Nicolás Campos, Oscar Rodríguez, A. Mercuri, M. Calveiro y P. Polo. Prensa: Secretario, Leandro R. Reynés; colaboradores, Vicente Manzuoli, Pedro Conde y Ernesto Miñones. Cultura y Propaganda: Secretario, Valerio Ruggier; colaboradores, Manuel García, D. Farías, Enrique Acervo y Pascual Salvatore.

En la reunión del 24, se había aprobado el informe de la comisión designada especialmente “para entrevistar al coronel retirado Juan Domingo Perón”, e invitarlo a afiliarse al partido, cosa que ocurriría tres días después. Los miembros de aquella Comisión afirmaron que una vez enterado de la Declaración de principios y de los propósitos del Partido Laborista, el coronel Perón les manifestó que iba a tener el honor de ser afiliado de “tan auténtica

agrupación política de trabajadores”. Así, Perón se convirtió en el primer afiliado del partido. Poco después, en una reunión de la Comisión Directiva, se le otorga el título de “primer afiliado”, pero no el del jefe del partido, porque eso contradecía la Carta Orgánica.

Finalmente, en la misma asamblea también se consideró el informe del miembro de la Comisión de Carta Orgánica, Leandro Reynés, aprobándose en general el proyecto presentado, pero cuyo tratamiento final se dejó para una nueva asamblea a realizarse el 1º de noviembre. Sin embargo, como no se realizó en tal asamblea, se hizo una nueva convocatoria para el día 8. Dos días después de la asamblea que aprobó la Carta Orgánica, el 10 de noviembre, se convocó a una nueva reunión para designar el Comité Directivo Central, todavía de carácter provisional. En la misma, la presidencia sugirió confeccionar listas de candidatos y se presentaron dos; pero entre ellas, de los 15 integrantes de cada una, solo diferían en 5, una de las listas se retiró y se aprobó la otra, por aclamación. La lista aprobada estaba integrada por Gay, Reynés, Garófalo, Tejada, Monzalvo, Manuel García, Luis González, Cipriano Reyes, Dorindo Carballido, Eduardo Seijos, Alcides Montiel, Valerio Ruggier, Manuel Pedrera, Antonio Andreotti y Pedro R. Otero.

La elección se hizo teniendo en cuenta sus aptitudes personales, y la realizaron entre los propios 15 integrantes, todos ellos militantes en sus respectivos sindicatos, con trayectorias de entre 15 y 20 años. El Comité Directivo Central provisional quedó integrado de la siguiente manera:

Presidente: Luis F. Gay, Telefónico.

Vicepresidente primero: Cipriano Reyes, Obrero de frigorífico.

Vicepresidente segundo: Manuel Pedrera, Vidriero.

Secretario general: Luis Monzalvo, Ferroviario.

Secretario adjunto: Manuel García, Obrero de espectáculos públicos.

Tesorero: Luis González, Ferroviario.

Protesorero: Vicente Garófalo, Vidriero.

Secretario de Interior: Alcides E. Montiel, Cervecerero.

Secretario de Asuntos Gremiales: Dorindo Carballedo, Tranviario.

Secretario de Asuntos Agrarios: Ramón W. Tejada, Ferroviario.

Secretario de Organización: Pedro R. Otero, Obrero municipal.

Secretario de Prensa: Leandro R. Reynés, Periodista.

Secretario de Propaganda y Cultura: Valerio S. Ruggier, Obrero de frigorífico.

Secretario de la Juventud: Eduardo Seijo, Maderero.

Secretario de Organización Femenina: Antonio Andreotti, Metalúrgico.

Ya para la fecha de la elección del Comité Directivo Central provisional del Partido Laborista se tenía la certidumbre de que las elecciones nacionales se realizarían en febrero del año próximo, tanto por las declaraciones públicas del gobierno, como por los reclamos de los demás partidos, empezando por la coalición opositora,

la Unión Democrática. De esta manera, se aceleraban los tiempos para dar a conocer los lineamientos y figuras del nuevo Partido.

Sin recursos económicos importantes, sin locales, sin diarios adictos o simpatizantes, se vieron frente al desafío de iniciar la campaña electoral. Así, en la primera reunión del Comité Directivo, que se realiza el 12 de noviembre, se adoptaron las medidas necesarias para paliar tales falencias: bonos de contribución voluntaria y cartelería del partido, etc. Respecto del primer cartel mural se debatió el contenido del mismo, y se acordó que debería ser expresión de su carácter revolucionario, la síntesis de esperanzas de trabajadores de la ciudad y del campo, con una consigna orientadora que resumiera la esencia del partido de los trabajadores. Así, eligieron: “Partido Laborista. Una nueva conciencia en Marcha”.

También en aquella reunión se consideró la organización del partido en el interior del país, designándose a los dirigentes a cargo de esa tarea: Ramón Tejada, en las provincias de San Juan y Mendoza; Nerio Rodríguez, Luis Cruz y Celestino Valdés, para Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy. M. Farré para Santa Fe y Entre Ríos. Para la organización de Córdoba y Corrientes fue postergada la decisión de los delegados, y en la provincia de Buenos Aires quedó a cargo de Cipriano Reyes, Alcides E. Montiel y Manuel Pedrera, con los que colaboraron otros miembros y afiliados de la provincia.

Siguiente paso: conseguir un local que, por ubicación y funcionalidad, sirviera a los efectos de poner en marcha

la nueva estructura partidaria. El 16 de noviembre consiguen oficinas para abrir la sede en el centro, donde se instala el Comité Directivo Central, en una casa de la calle Bartolomé Mitre 955. Es un edificio viejo, con deterioros considerables, casi inhabitable, pero a tono con las circunstancias: albañiles y pintores emprenderán la tarea de poner en condiciones la flamante sede central. Allí funcionarían todas las secretarías del Partido y se atenderá a los delegados del interior, a los que iban en busca de instrucciones y de propaganda. No dispondrán más que de un par de escritorios y unas pocas sillas –luego irán llegando muebles, máquinas de escribir, equipamiento de oficina y papelería–, pero se trabaja lo mismo en todas las secretarías, de pie, atendiendo a los delegados del interior que quieren instrucciones para volver a sus respectivas provincias con la buena nueva; a los que vienen en busca de instrucciones y de propaganda y sólo pueden llevar las primeras, pues la propaganda impresa casi no existe aún en esos primeros días, excepto el primer mural, que pronto se agota.

Recuerda Félix Luna: “La gente se reía de los triciclos pedaleados por fatigados activistas bajo el ardiente sol de noviembre, que paseaban por las calles el emblema y el eslogan laborista. Pero era realmente la expresión de una nueva conciencia: la del poder de las masas afirmada en las jornadas de octubre, que ahora tendía a encauzarse a través de un canal cívico diferente de todos”³.

3 Félix Luna, *El 45*, Op. cit., p. 411. También en Luis Gay, *El Partido Laborista en la Argentina*, p. 67 y ss.

Para la aprobación final de la Declaración de principios, la Carta orgánica, el Programa del partido, la designación del Comité Directivo Central, y la posibilidad de establecer pactos con otras agrupaciones y designar los candidatos a presidente y vicepresidente, el Comité Directivo Central provisional convocó al primer Congreso Nacional del partido. Participaron delegaciones de los 15 distritos electorales de todo el país. Allí estaban, por la Capital Federal, Argentino Castiglioni, Álvaro Rodríguez, Eduardo Berreta, Néstor Roberano, César J. Tronconi, Luis Rizzi, Alfredo R. De Andreis, Sánchez Duca, N. Giuliani, Joaquín Coca, E. Hurat, A. Menéndez, Pascual Lanzo, B. Schissi, A. Lazza, V. Riccio, O. Stella, A. Gurrea, H. Baptista, E. A. Sciarrillo, Carlos Pérez Martínez, Miguel Pandolfe, A. Malvicini y J. Cogorno; por Santa Fe, Miguel M. Díaz, Lorenzo Lima, Juan Ramón Degref, Ángel Ponce, Arturo J. Ludueña, Teodoro Acosta, Ángel Marini, Julio F. Díaz, José Caran, Ricardo H. Abello, Juan Brugneroto y Luis G. Silva; por Córdoba, Pablo López Díaz, Hernán R. Jofré, L.J. del Gordillo, Pío Giraudi, E. Álvarez Voco y Constantino Medina; por San Luis: Lozano Martín; por La Rioja: Carrizo del Moral y Ruperto S. Wamba; por Mendoza, Albino Sánchez, D. Álvarez Yovet, B.F. Domínguez y Osvaldo Veiga; por Santiago del Estero, Justiniano de la Zerda, Antonio M. Carbajal, Braulio Pereyra, Pedro J. Perea, E.R. Martiloti, Dardo Farias y José Dardo Gutiérrez; por Catamarca, Vicente L. Saadi, Manuel Risso, Pablo Romero y José Di Benedetto; por Jujuy: Elías R. Nascar y Oscar N. Medina; por Tucumán: Aníbal Rodríguez, O.

Vicente Chiarello y Delfor Sebastian Gallo; por Salta: Juan A. Avellaneda y José P.D. Pasquini; por San Juan: Julio Ontivero, Dardo Rampinini y José Pedro García.

Luis Gay fue elegido presidente del Congreso, y la Comisión de Poderes quedó integrada por Francisco Suárez Izcúa, de la Provincia de Buenos Aires; Juan Brugneroto, de Santa Fe; Enrique Álvarez Voco, de Córdoba; Aníbal Rodríguez, de Tucumán, y Vicente A. Riccio, de la Capital Federal. El Congreso resolvió que el provisorio Comité Directivo Central siguiera al frente del partido, aunque para una mayor interiorización de los problemas de cada provincia, se amplió con un miembro por cada uno de los distritos electorales representados. También se aprobaron la Declaración de principios y el Programa, mientras que la Carta orgánica fue retocada en algunos detalles.

Para los trabajadores la situación era inédita, ya que por primera vez eran un factor determinante en la definición de una coyuntura política en el nivel nacional. El Partido Laborista, se ofrecía como su herramienta para llegar al gobierno por la vía del sufragio. En su formación establecieron que sus “columnas principales serán las masas integrantes de los auténticos sindicatos de trabajadores”, aunque convocaron también a los sectores de clase media que compartieran sus principios y excluían a “los reaccionarios, los totalitarios y los núcleos de la oligarquía”. Su programa se conformaba por un moderado reformismo, auspiciaba un estricto respeto por las formas democráticas, un incremento sustancial de la legislación

obrero que legalizase todo lo relacionado con el campo laboral, y la nacionalización de los servicios públicos, así como la intervención del Estado en la economía (función social de la propiedad, apoyo al desarrollo industrial, división de la tierra) y la participación de los sindicatos en las decisiones de interés nacional.

LOS PROTAGONISTAS: LUIS GAY

Actuó como dirigente sindical en las décadas del 30 y del 40. Se inició a fines de la década del 20 como fundador y Secretario General de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos (FOET), uno de los primeros sindicatos nacionales por rama del país, que no se encuadró en las centrales sindicales existentes en el momento, integrando el grupo de los denominados autónomos. En 1931 la FOET se integró a la Confederación General del Trabajo (CGT), creada el año anterior, siendo designado como uno de los miembros de su organismo de dirección, el Comité Sindical Nacional.

Al dividirse la CGT en 1935 (CGT-Independencia y CGT-Catamarca), formó parte del grupo “sindicalista revolucionario”, la CGT-Catamarca, que en 1937 se reorganizó recreando la Unión Sindical Argentina (USA), integrando su Comité Central, y constituyéndose en su principal referente. Apoyó en 1943 la alianza sindical con el coronel Juan Perón para impulsar una política nacionalista-laborista y participó de las movilizaciones obreras el 17 de octubre de 1945. Fue el principal organizador, junto con Cipriano Reyes del Partido Laborista, y

primer presidente. De este acuerdo surgió el 85% de los votos que le dieron a Perón su victoria electoral, el 24 de febrero de 1946.

En 1946 fue elegido Secretario General de la Confederación General del Trabajo (CGT). Fue un verdadero desafío a Juan Perón, ya presidente, cuyo candidato para presidir la central obrera era Ángel Borlenghi. Gay se había opuesto a la decisión de disolver el Partido Laborista con el fin de fusionarlo con los otros partidos que lo apoyaban. En 1947 con la excusa de un acercamiento a la central sindical estadounidense, la AFL, Gay fue desplazado de la conducción de la CGT y reemplazado por Aurelio Hernández.

En sus memorias⁴, Gay buscará destacar especialmente que la creación del Partido Laborista fue obra exclusiva del movimiento obrero y sus militantes antes que el artefacto urdido por un grupo de dirigentes a instancias del coronel Perón. Según contará, las primeras semanas del nuevo partido insumieron gran cantidad de esfuerzo de los militantes laboristas. Horas incansables de trabajo:

Todo probaba que el partido de los trabajadores había nacido en una hora excepcional y propicia. Pero ello no era suficiente. Por eso los hombres del movimiento obrero recorrían pueblos y provincias dejando constituidos centros laboristas en todas partes, incorporando nuevas voluntades

4 Gay, L. *El partido laborista en la Argentina*, editado por Juan Carlos Torre, Op. cit.

y enseñando, sobre todo enseñando, el nuevo credo político. Dentro de las posibilidades favorables, también había grandes dificultades que vencer. Los delegados del interior llegaban a la Capital, muchas veces, sin más recursos económicos que los propios o lo que habían reunido algunos partidarios, cuando no lo hacían aprovechando el cumplimiento de una misión sindical, en muchos casos encomendada ex profeso para facilitar el cumplimiento de la labor política.

Luego volvían a su pueblo o provincia y cubrían grandes distancias para cumplir los deberes señalados, siempre afrontando la misma dificultad y por ello utilizando los medios de locomoción más variados. 'A lomo de mula en el norte', viajando con el maquinista cuando los delegados eran 'fraternales' como Nerio Rodríguez, el prestigioso militante tucumano que pertenecía a la Fraternidad Ferroviaria; en camiones o autos que facilitaban quienes dejaban de atender su trabajo para colaborar con su partido. En esa forma se organizó nuestra agrupación política, careciendo de los recursos que les sobraban a nuestros adversarios, pero disponiendo de otros más estimables que nos permitieron realizar la excepcional tarea de organizarnos, perfectamente organizados políticamente hablando, como pocas veces ha podido hacerse en el país en tan poco tiempo, es decir, exactamente en cuatro meses: 24 de octubre de 1945 - 24 de febrero de 1946.

LA INFLUENCIA DEL *LABOUR PARTY* BRITÁNICO

Los laboristas argentinos encontraron también inspiración externa en el laborismo que acababa de ganar las

elecciones en Gran Bretaña. La Gran Bretaña que había irradiado hasta estas costas las ideas del liberalismo económico y político, también atraía la atención de quienes seguían los derroteros de las luchas obreras y movimientos políticos que planteaban la emancipación de los trabajadores. A diferencia de otros partidos europeos vinculados al movimiento obrero, el partido laborista británico había surgido auspiciado principalmente por la iniciativa sindical (*trade unions*), y hundía sus orígenes en 1893, en el *Independent Labour Party* (ILP), nacido de la confluencia de diversas corrientes de descontentos por el sindicalismo de corte socialista aliado al partido liberal.

Debido a la confluencia de un líder influyente dentro del socialismo inglés, James Hardie, que encabezaba el ILP y los principales sindicatos del momento (ferroviarios y mineros), se fundó en 1900 el *Labour Party*, y a partir de aquí tendrá una gran dependencia respecto al movimiento obrero organizado⁵. La elección de las cúpulas del partido estuvo muy condicionada a la dependencia hacia los sindicatos “Con ello se ponen las bases de la coalición dominante típica del partido laborista, que controlará con vicisitudes variadas al partido”⁶ durante la primera mitad del siglo XX.

5 Como lo explica el politólogo italiano Angelo Panebianco, “el partido laborista nace de la confluencia de los sindicatos [...] La fuerza organizativa que los sindicatos pueden echar en la balanza en el momento de la fundación del partido, explica, por qué el partido laborista nace, y está destinado a permanecer durante su historia, como el” brazo político de los sindicatos”. Panebianco, Angelo; *Modelos de Partido*. Alianza, Madrid, 1990. p. 177.

6 Panebianco, A., op. cit., p. 180.

Como lo explica Andrew Graham-Yooll, durante casi un siglo el sindicalismo británico fue la “columna vertebral” del Laborismo. Sucedió que hacia fines del siglo XIX, los sindicatos agrupados en varias centrales regionales decidieron apoyarse en la nueva legislación que abría el voto a los hombres de la clase trabajadora. Las nuevas leyes para el voto, antes restringido a terratenientes y comerciantes acaudalados o “socialmente respetables”, comenzaron a ser votadas a partir de 1867. Una nueva reforma, en 1885, fue vigorosamente apoyada en el Parlamento en Londres por el partido liberal, opuesto al conservador, de gobierno. Con el cambio en el sistema se formó el partido laborista, que en 1892 logró su primera banca de concejal en la ciudad de Bradford, en el norte fabril de Inglaterra. De ahí creció el partido hasta convertirse en el principal grupo de oposición parlamentaria hacia 1920. Lentamente, a lo largo de las décadas, el partido laborista pasaría a aglutinar a la clase media, además de la trabajadora.

Fue uno de los diversos sindicatos ferroviarios que propuso, en 1899, que la izquierda compuesta del laborismo independiente, el escocés y otros grupos más pequeños, se uniera dentro de la central obrera, la *Trade Union Congress* (TUC, que en traducción literal sería, “congreso de la unión de oficios”) para proponer los nombres de candidatos sindicales para bancas del Parlamento nacional. Demás está decir que los primeros candidatos, surgidos de los sindicatos, tuvieron una vida poco grata en sus campañas, dado que anterior a esto la candidatura iba en forma casi automática a los dueños de las fábricas o vecinos pro-

pietarios y no a la “gente de abajo”. Pero a partir de ahí y a lo largo de casi todo el siglo veinte, fueron los sindicatos que presentaban candidatos para bancas representativas de los centros fabriles del norte de Inglaterra y de Escocia.

El primer jefe del partido laborista fue un socialista escocés, James Hardie (1856-1915), hijo de una empleada doméstica y un carpintero naval, cuyo primer trabajo lo inició a los siete años como mensajero de una empresa marítima. El partido fue creciendo luego de la primera guerra europea (1914-1918) y con más fuerza a medida que avanzaba la década del veinte. En 1924, el laborismo logró formar un gobierno en minoría, que duró poco, y en forma más sustancial entre 1929 y 1931, liderado por el escocés Ramsay Macdonald (1866-1937), hijo ilegítimo también de una empleada doméstica y un obrero de campo, considerado uno de los fundadores del laborismo junto a Hardie.

El laborismo fue parte de la coalición de gobierno de emergencia entre 1940 y 1945, durante la segunda guerra mundial. Pero el 4 de junio de 1945, el político Clement Attlee, que encabezaba el partido desde 1935, fue elegido primer ministro por una mayoría abrumadora. Es ese gobierno laborista, de la mano de los sindicatos, el que transformó al Reino Unido, organizando el estado de bienestar social⁷.

7 Ese primer gobierno laborista duró hasta 1951, o sea que fue contemporáneo del primer gobierno de Perón. Fue su predecesor a la vez que sucesor, el conservador Winston Churchill (1874-1965), que acusó a Attlee de “vender” los ferrocarriles argentinos para “pagar las dentaduras gratuitas” requeridas por el nuevo sistema de salud pública.

También le tocó a ese primer gobierno del laborismo británico el traspaso de los ferrocarriles a la Argentina. En realidad, el Reino Unido ya en 1938 había insinuado que sería aconsejable vender los ferrocarriles “ingleses” a la Argentina. Cuando se firmó el traspaso en 1949, Londres ya no tenía más remedio que deshacerse de la red argentina, deteriorada por falta de mantenimiento. El traspaso se firmó mediante el canje de la deuda (principalmente por alimentos) que Londres tenía con Buenos Aires y que había sido congelada durante la guerra. En esto el Reino Unido no tenía opción. Washington le reclamaba el pronto pago de la deuda incurrida por Gran Bretaña por materiales y armamentos de guerra entre 1941 y 1945.

A partir de ese primer gobierno laborista de posguerra, los sindicatos en la TUC buscaron formas de consolidar su poder político, remontándose, realmente a la influencia política en los orígenes del partido. Para el caso, la TUC llevaba cada octubre a la asamblea anual del partido laborista, su fuerza política que representaba el *block vote* (bloque de votos, la suma de afiliados de todos los sindicatos miembros) que se usaba a favor o en contra de la dirigencia del partido en las decisiones de proyectos y de organización. Es decir que el grupo que ostentaba la alianza con la TUC tenía a su favor el “block vote” además del voto individual de los afiliados del partido en la asamblea anual⁸.

8 Testimonio de Andrew Graham-Yooll, periodista, escritor, poeta. En Londres fue afiliado al Sindicato de Periodistas (NUJ) desde 1977, y además al partido laborista como miembro individual, hasta su regreso a la Argentina en 1994.

Aquel modelo fue el que tomaron los laboristas argentinos, uno donde la relevancia de los sindicatos a la hora de crear el partido laborista, sellara la dependencia de los representantes políticos respecto de la organización sindical. “Ese triunfo del Labor Party fue un momento psicológico que no podíamos dejar de aprovechar”, confesará Cipriano Reyes, admirador de Harold Laski, teórico e ideólogo del laborismo británico: “Debíamos lanzarnos con un programa de gobierno que condensara las inquietudes populares y las necesidades del país”⁹.

RUMBO A LAS ELECCIONES

Al frustrar la asunción del gobierno por la Corte Suprema, la movilización popular del 17 y la huelga general del 18 de octubre despejaron el camino para las elecciones, previstas en el calendario elaborado por el gobierno encabezado por el general Farrell inicialmente para abril de 1946. Reabierta la batalla por el poder, los dirigentes sindicales resolvieron entrar abiertamente en la política y, una semana después de las jornadas de octubre de 1945, ya tenían su plataforma de lanzamiento.

La iniciativa, como todas las que se sucedieron en ese vertiginoso final de 1945, coincidió con un estado de ánimo generalizado en los medios sindicales, donde el optimismo y la decisión habían sustituido a las vacilaciones del pasado inmediato. En la creación del nuevo par-

9 Reyes, C. (1987). Op. cit., p. 17.